

Saber y resolver

Hoy día vivimos en la cultura del introduce la moneda por la ranura, pulse el botón adecuado al producto que solicita, recójalo de la bandeja y... “¡no olvide retirar su cambio, gracias!”. En ese acto, tan íntimo entre usuario y máquina, poco importan a una y otra los sentimientos y mecanismos respectivos. La máquina no tiene por qué saber de sentimientos humanos, ni la humana de mecanismos técnicos. ¡Faltaría más!

A buen seguro que recordamos nuestra etapa escolar donde se debatía (tanto en nuestras cabezas después de exámenes con cálculos más o menos complicados, como en ámbitos docentes), sobre si lo importante –en los exámenes- era dar con la respuesta exacta o, más bien, si el objetivo era valorar el desarrollo elaborado por el discente y conducente a una respuesta coherente.

Los seres humanos somos muy dados al blanco o negro, nos gusta el fútbol o lo odiamos, somos antitaurinos o tenemos el mismo gusto que las vacas,... y así, con todo. Rara vez sabemos sacar el justo medio de las cosas... y cuando lo hacemos, suele ser para quedarnos tibios ante la realidad, como tantas veces, sin saber cómo actuar.

Pues bien, pareciera que ese debate se quisiera zanjar desde el pensamiento único, ¡de un plumazo! Pareciera que, las cosas, en nuestro postmoderno mundo, tienen que servir para algo... ¡menos para pensar! Así dicho, lo anterior parece tendencioso. Pero es así, mal que nos guste.

La prueba: ponte a pasear mientras llevas un problema en la cabeza. Usa un buen banco –de los de sentarse- que te encuentres en el sendero por el que circulas. Contempla, a la vez, el entorno que se te ofrece. Busca respuesta a tu problema, más de una si te fuese posible. Compara las respuestas entre sí, analiza cada una de ellas. ¿Se parecen a otras que ya obtuviste ante problemas distintos?, ¿qué tienen de original?

Dos cosas hay bien seguras: por un lado, terminas valorando tanto tu resultado como el ejercicio de razonamiento que te ha llevado a la conclusión; por otro,... ¡quien pase por allí piensa que estás perdiendo el tiempo pensando en las musarañas!

Es la misma sensación que tiene la ciudadana del universitario. ¿No lo crees? Es la explicación más razonable para el hecho de que el mes de vacaciones de la docente (en cualquiera de los niveles educativos) es el mes más largo del año... ¡a los ojos de una tercera persona que sea ajena al gremio!

En el fondo, este debate no puede concluir con una de las dos posturas triunfadora sobre la otra: Ciencia y Técnica son imprescindibles. Así que, mientras piensas, este verano, ayúdate de un buen refresco... ¡extraído de una máquina que funcione!

Fecha: 29/06/09

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL